



Editorial:

Dossiê – Conferência de Medellín: 50 anos

Medellín, un proceso de *eclesiogénesis* inconcluso

Medellín, a process of unfinished *eclesiogenesis*

Medellín, um processo de *eclesiogênese* inconcluso

José de Jesús Legorreta*

Este año (2018) se cumplen 50 años de la celebración de la *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, mejor conocida como Medellín. Ese evento y los textos de ahí emanados han sido reconocidos como un parteaguas en la vida eclesial no solo de América Latina sino también de otras iglesias. Y es que Medellín ensayó un proceso de recepción “selectiva y creativa” del Concilio Vaticano II sin parangón en otras otras. Si el concilio afirmó que la Iglesia debe ser signo e instrumento de comunión (LG 1), Medellín mostrará que eso no es algo que se conozca *a priori*, sino que debe discernirse y concretarse a partir del contexto en el que vive la Iglesia a fin de ser significativa frente a “los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres [de América Latina], sobre todo de los pobres” (GS 1). Por eso Medellín pugnará por una Iglesia pobre que signifique de manera eficaz –como un sacramento– en sus instituciones, liturgia, legislación, modos de vida, lenguaje y símbolos, la salvación/liberación de que es portadora en un contexto de opresión y de muerte.

* Doctor en Teología Sistemática (Facultad de Teología de Granada - España), doctor en Ciencias Sociales e Política (Universidad Iberoamericana - México), maestro en Sociología (Universidad Iberoamericana – Mexico), sociólogo (Universidad Autónoma de México) e teólogo (Universidad de Deusto - España), profesor e investigador del Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México. País de origen: México. E-mail: jesus.legorreta@ibero.mx

Este planteamiento sacramental de una Iglesia pobre, le permitirá a Medellín enfatizar el papel mediador e instrumental de la Iglesia yendo más allá del eclesiocentrismo triunfalista típico del modelo de neo-cristiandad que prevaleció en Latinoamérica por lo menos desde el siglo XIX. La Iglesia ya no será, entonces, un fin ni estará para servirse a sí misma, sino al Reino y, desde ahí, al mundo. Pero como la realidad humana es variable y cambiante, la manera como la iglesia deberá servir implicará que ella sea siempre cambiante, en constante conversión, desabsolutizando, relativizando o de plano deshaciéndose de aquellas estructuras, métodos, actitudes y modos de vida que le impidan cumplir con su misión. Por ejemplo, Medellín insistirá en la necesidad de adecuar o cambiar la liturgia (*Lit* 1 y 8ss), el lenguaje y la actitud autoritaria (*Juv* 15). El documento sobre *Pastoral de Conjunto*, exhortará a revisar y reajustar periódicamente las estructuras eclesiales a fin de satisfacer las exigencias de situaciones históricas concretas, con los ojos puestos en la naturaleza de la Iglesia (n. 5 y 9). Pero quizá lo más fuerte de la conversión por la que pugnó Medellín consistió en señalar que la Iglesia en América Latina debe ser una Iglesia “evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos, testigo del valor de los bienes del Reino y humilde servidora de todos los hombres de nuestros pueblos” (*Pobreza*, 8); comprometida con la liberación integral y la promoción del hombre (*Justicia* 4), en vistas a una paz fincada en la justicia (*Paz* 14a).

A la luz de lo anterior, se puede decir que, Medellín planteó un programa radical de reforma eclesial cuya amplitud y profundidad supondrá una auténtica “eclesiogénesis”, esto es, del nacimiento de una nueva manera de ser iglesia: liberada de ataduras temporales, de títulos honoríficos anacrónicos, de connivencia con los poderosos; comprometida con el “desarrollo integral” de la persona, sus comunidades y pueblos; solidaria con los que sufren.

De 1968 al día de hoy han ocurrido una gran diversidad de cambios en la realidad sociocultural, eclesial y teológica del continente; sin embargo, se puede afirmar que gran parte de los ejes centrales de la propuesta de Medellín lejos de

debilitarse, se han consolidado como principios teológicos fundantes y característicos de la tradición eclesial latinoamericana. Tal es el caso de la concepción de salvación como acción de Dios que ocurre en la historia como liberación. Este vínculo, que no es identificación, se asienta en Medellín sobre una concepción antropológica integral más allá de aquellos tradicionales dualismos entre cuerpo y alma. Una peculiaridad de este planteamiento antropológico es que su punto de partida no fue una abstracta disquisición teológica, sino la situación deshumanizada de amplias mayorías en el continente que exigen liberación integral y promoción del hombre en toda su dimensión (*Just 4; Paz 14c; Educ 8*).

Para los obispos reunidos en Medellín, la realidad (el mundo) no fue entendida como algo contrapuesto o ajeno a la Iglesia y la revelación; sino como un “lugar teológico” del que debe partir la acción pastoral y la reflexión teológica. Esta convicción –inspirada en *Gaudium et spes*– es la que estará a la base del método inductivo “ver-juzgar-actuar” que a partir de Medellín se tornó emblemático de una nueva manera de hacer teología.

En suma, recordar Medellín a 50 años de su celebración implica, para el catolicismo latinoamericano, una revisión de la vida recorrida que ponga de manifiesto las luces y sombras en esta caminata, que denuncie las estructuras y actitudes que han sofocado la posibilidad de que la Iglesia latinoamericana sea “signo claro e inequívoco de la pobreza de su Señor” (*Pobreza, 18*); pero al mismo tiempo que también reconozca los innumerables de frutos de santidad y justicia que a lo largo de estas cinco décadas han florecido e incidido para el “paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas” (*Paz, 14a*).